

el palo y vió cómo todos los peces se hacían la competencia para derribarla, arrojando sin parar y sin jamás errar su blanco gotas de agua al insecto. En el estómago de los arqueros hanse encontrado grandes cantidades de animales articulados de la clase de los piojos de mar, de suerte que su alimento predilecto y natural parece consistir en articulados.

En ninguna descripción se encuentran datos relativos á su reproducción.

Los trígidos son peces marinos que viven á muy diferente profundidad; unas especies siempre sobre el fondo, otras suben de cuando en cuando á las capas superiores, y hasta abandonan por momentos el agua para volar, según suele decirse de su elevación momentánea sobre la superficie. Por lo común se mantienen inmóviles é indolentes más ó menos hundidos en el limo ó arena, ú ocultos entre las rocas en el fondo del mar, aguardando sus presas; al acercarse una se levantan y se

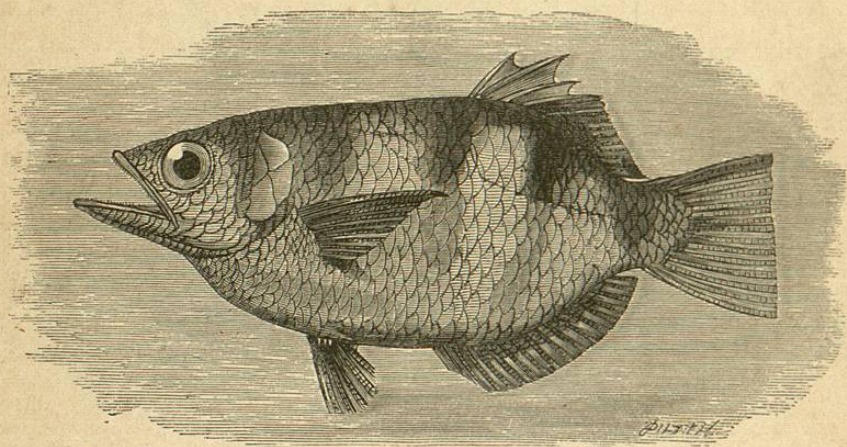


Fig. 946. - Arquero sagitario.

dirigen presurosos, serpenteando con la cola, hacia ella, recibéndola en sus fauces desmesuradamente grandes, después de lo cual se dejan ir otra vez al fondo. También pueden mudar de color, tomando el de los objetos que les rodean, con lo cual las especies armadas de algunas espinas se hacen peligrosas al hombre cuando entra descalzo en el agua.

La escorpena roja (*Scorpana porcus*), pez común en el Mediterráneo y en el Atlántico, se distingue por dicha particularidad, y tanto que los pescadores árabes le atribuyen cualidades análogas á las de la víbora. También permanece oculto este trígido, como todos los miembros de la familia, entre las piedras y algas del fondo del mar, adquiriendo el color de lo que le rodea hasta tal punto que el pescador que entra en el agua no le percibe hasta que le ha pisado y cuando el pez, levantándose súbitamente, le ha inferido con sus espinas una herida dolorosísima. «La punzada de sus espinas dorsales, dice Klunzinger, duele muchas horas más que una picadura de alacrán, conforme me consta por experiencia propia. Ha habido personas á las que esta punzada ha hecho perder los sentidos, y según lo que la gente cuenta, ocurrió una vez un caso de muerte que si no era causada inmediatamente por la herida, lo fué por la gangrena, que invadió la llaga mal cuidada. De todos modos hay motivo para contar á este pez entre los animales venenosos con igual

derecho que el alacrán. Un pescador que tengo por muy veraz me asegura que ha visto claramente cómo sale un líquido ó pus lechoso del pliegue de la piel donde está el aguijón, por lo general oculto hasta que se endereza. No he podido verlo á pesar de mis observaciones repetidas, pero si se confirmara lo dicho por el pescador, tendríamos en este caso un verdadero aguijón venenoso comparable con los dientes surcados de las serpientes venenosas.»

Al coto de río (*Cottus gobio*) le gusta el agua límpida y el fondo arenoso ó pedregoso, puesto que acostumbra ocultarse entre las piedras, tanto que á causa de ellas busca los arroyuelos más insignificantes y más pobres de agua. Sus movimientos son rapidísimos.

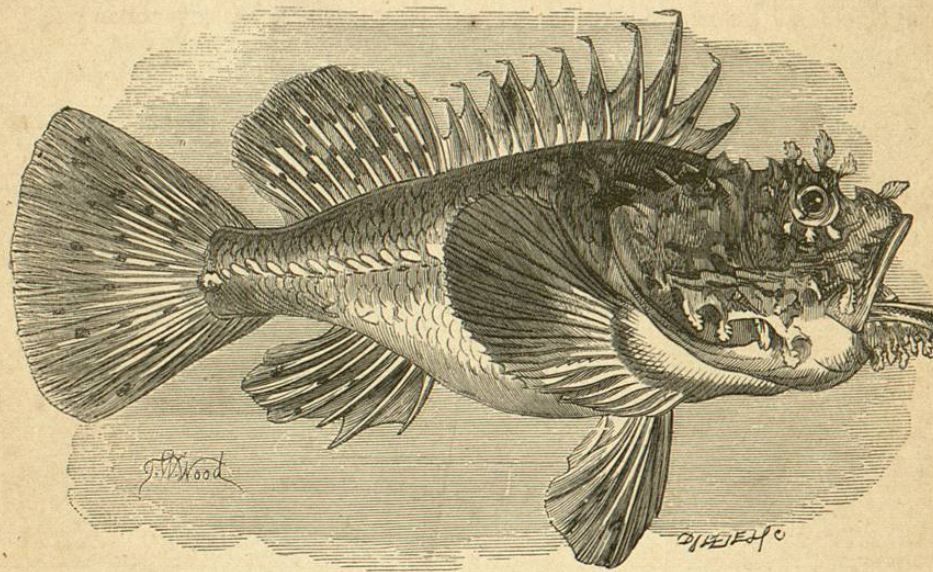


Fig 947. - Escorpena roja.

Tampoco cede á ningún otro en voracidad, y Gessner tiene razón cuando dice: «Los cotos son omnívoros, y también se comen el uno al otro, el más grande al más pequeño;» porque si bien se alimentan principalmente de insectos, en especial de larvas de libélulas, no perdonan á pesar de esto á ningún pez más débil que ellos, ni á su propia cría. Son una gran plaga para los piscicultores que crían truchas, porque destruyen la freza de estos peces. Respecto de la reproducción, difieren los cotos de la mayor parte de los peces en que el macho se cuida de la cría. Linneo ya decía que el coto construye un nido y que antes pierde la vida que abandonar las huevas, y Marsigli y Fabricius dicen á su vez que el macho es el guardián de las huevas. El tiempo de la íreza cae en marzo y abril; la hembra la deposita debajo de piedras ó en un agujero á propósito, y el macho se encarga de cuidarla. Unos pescadores del río Trau, de reconocida experiencia, dijeron á Heckel y Kner lo que sigue: «En la época de la freza se coloca el macho en un agujero entre piedras donde más tarde la hembra depositará sus huevas, y lo defiende contra todos cuantos intenten apoderarse del nido, con un denuedo que origina frecuentemente una prolongada pelea y acaba á menudo con la muerte de uno de los dos comba-



tientes. Durante esta época no es raro coger cotos que tienen la cabeza de su adversario en la boca, á pesar de que no pueden tragarla. Pero llega la hembra, y el macho ya es otro: la recibe, la deja depositar su freza y no la molesta cuando se marcha después de esta operación. Desde aquel punto el macho hace las veces de madre, sin apartarse de las huevas sino cuando le es forzoso buscarse su alimento. La incubación dura de cuatro á cinco semanas, y durante este tiempo protege el macho las huevas con un valor y una constancia tan grandes que muerde el palo con el cual se procura apartarle de su puesto y sólo cede cuando ya no hay resistencia posible, ó se deja matar antes que abandonar las huevas.»

El coto escorpión (*C. scorpius*) pertenece al género de los cotos marinos y sus costumbres, así como las de las otras especies análogas, son poco más ó menos las mismas. El coto escorpión se distingue sobre todo por su extremada voracidad, nada con singular rapidez, y suele vivir siempre solitario. Abandonan las profundidades en la primavera para ir á fijarse en algún hueco de las rocas, porque en cada marea pueden disfrutar así de la vuelta periódica de las aguas, que les lleva nuevo alimento. Hacia el equinoccio de otoño regresan á sus profundidades, que son para ellos la morada de invierno. La espina de su preopérculo es un arma pérfida, que infiere heridas muy dolorosas, en las cuales, según opinión de algunos, se introduce veneno; pero esto no es exacto. El peligro no consiste probablemente, como sucede con las picaduras del traquino, sino en la profundidad á que alcanza aquel aguijón delgado y puntiagudo. Cuando á los pescadores se les clava alguna espina aplican para remedio el hígado mismo del pez, y parece que esto produce muy buen efecto.

Este pez, así como sus congéneres, vive largo tiempo fuera del agua, y es del número de aquellos á que se ha dado el nombre de *gruñidores*, *gallos chillones* ó *gallos de mar*, porque cuando los cogen ó los oprimen con la mano producen un ruido particular, el cual repiten, según dice Klein, cuando se aproxima la tempestad.

Tanto el trigla golondrina (*Trigla hirundo*) como el gunardo (*T. gunardus*) y el lira (*T. lyra*) prefieren para vivir las aguas de fondo arenoso, pero profundo, donde persiguen crustáceos, y cuando no, conchas y otros moluscos, hasta hidras. Nadan con mucha gracia, aunque con cierta lentitud, sirviéndose de sus grandes aletas torácicas como de alas que pliegan y despliegan alternativamente. Dicen que brillan como estrellas ó producen como un surco brillante y muy largo cuando se mueven de noche en sitios de poca agua. Más notable y más extraño es su modo de moverse á rastras, pues los tres radios sueltos que hay delante de las aletas torácicas no son en el fondo otra cosa que patas con cuya ayuda andan estos peces. Para efectuar este movimiento alzan un poco la parte posterior del cuerpo, en seguida mueven los tres radios rápida y separadamente uno del otro y se ayudan con un ligerísimo movimiento lateral de la cola. Verdad es que andan con lentitud, porque los radios son cortos, pero con suficiente rapidez para atravesar distancias muy regulares en pocos minutos. No existen observaciones de otros naturalistas sobre este movimiento traslatorio del pez, pero puede admitirse que le ha de servir para algo y especialmente para atrapar algunas presas. El tiempo del desove cae en los meses de mayo y junio, pues en noviembre se cogen pequeños de 0<sup>m</sup>,08 á 0<sup>m</sup>,10 de largo, que no difieren en nada de los viejos. La carne de estos triglas, y más particularmente la del primero, es algo dura y seca, á pesar de lo cual es estimada, por cuya razón se pescan en todas partes.

Tanto los autores de la antigüedad que se ocupaban de historia natural como todos los viajeros modernos que han cruzado el Mediterráneo, hablan del pez vo-

lador (*Dactylopterus volitans*), porque además de ser común en aquel mar, llama forzosamente la atención hasta de las personas más indiferentes y legas en la materia. A pesar de esto es fácil que se confundan frecuentemente unos voladores con otros á los cuales se asemejan probablemente en sus costumbres.

A veces se observa desde la cubierta de un buque cómo se levanta súbitamente del agua una bandada de estos peces más ó menos próxima, hasta una altura de cuatro ó cinco metros, y que después de haber recorrido una distancia de ciento á

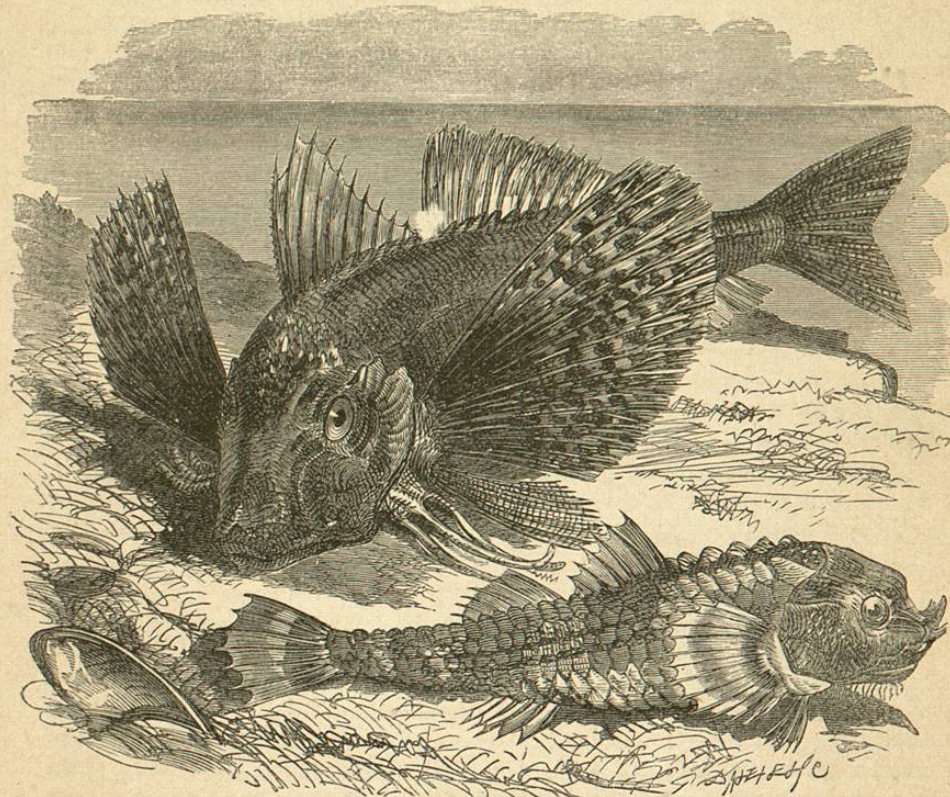


Fig. 948. - Trigla golondrina.

Fig. 949. - Trigla lira.

ciento veinte metros con el ruido propio de su aleteo, se vuelve á hundir en el elemento líquido de donde salió. A menudo se va repitiendo este espectáculo con mucha rapidez, levantándose una segunda, tercera y cuarta bandada, una en pos de otra, antes que la primera haya vuelto á caer en el agua. Cuando estos vuelos se suceden en una misma dirección puede admitirse que los voladores se ven perseguidos por un pez de rapiña y tratan de salvarse volando ó, más correctamente dicho, saltando; pero otras veces se les ve aparecer sin regla ni dirección fijas y como hacia todas partes: en este caso debe suponerse que lo hacen retozando como otros peces que suelen saltar fuera del agua. Estas bandadas no tardan en llamar la atención de las gaviotas y los cuervos marinos, que acuden á cazar los peces voladores, en cuyo momento tiene el espectáculo su mayor atractivo, porque las aves han de apelar á toda su destreza en el vuelo para apoderarse de los peces, que con



la velocidad con que atraviesan la distancia aérea burlan continuamente los esfuerzos de sus enemigos.

Poco ó nada tienen que temer del hombre los voladores, porque su carne seca y dura no compensa el trabajo de pescarlos en un mar que, como el Mediterráneo, es tan abundante en peces; pero con todo, siempre se enreda alguno que otro en las redes del pescador. Se alimentan de pequeños crustáceos y de moluscos.

La rata de mar (*Uranoscopus scaber*) tiene su nombre de uranoscopio, según dice Gessner, porque sus ojos miran siempre al cielo, colocados como están en la parte superior de la cabeza. Por lo demás es fea y repugnante, vive en el limo y el barro, en donde persigue á los demás peces, pues dicese que su voracidad no conoce límites, lo que puede inferirse de su boca, fauces y estómago descomunales; es tan insaciable que traga, aun cautiva, todo lo que se le echa para comer hasta que le vuelve á salir por la boca. Tiene también una vitalidad tan grande que sigue moviéndose aun después de haber sido destripada. «Muchas personas desprecian este pescado porque vive en el barro, creyendo que su carne ha de tener mal gusto y sabor terroso; pero se equivocan, pues al contrario se dice que es en extremo succulenta y agradable al paladar y no daña; Hipócrates la recomendaba para las personas que padecían de mucosidades blancas. También hay quien pretende que con la hiel de este pez recobró la vista el anciano Tobías, según consta en el Antiguo Testamento, porque es la mejor medicina para la vista y el oído.»

Hoy día no sabemos más que Gessner sobre el género de vida de la rata ó uranoscopio. Habita el Mediterráneo, donde, según Risso, vive en los fondos cenagosos; se le coge todo el año, pero es poco apreciado por el mal olor que despidе su carne, de suerte que sólo lo comen los pobres. En cautividad vive poco, y permanece todo el día oculto en el fondo, de donde sale á lo más por la noche.

El traquino dragón (*Trachinus draco*) prefiere las aguas profundas, aunque se le encuentre y pesque en los fondos arenosos de poca agua del Atlántico, Mediterráneo, mar del Norte y Báltico; pero de todos modos vive como sus congéneres sobre el fondo del mar ó mejor dicho dentro del fondo, oculto en la arena hasta los ojos. En junio es cuando se acerca á las playas bajas para echar su freza, y se le encuentra en la baja mar en los puntos dejados en seco. Su alimento consiste en pequeños crustáceos, acaso también pececillos, que deja aproximar antes de saltar fuera de la arena, lo que hace con una rapidez tan sorprendente que á pesar de ser en apariencia un pez muy indolente, hay que calificarle como en extremo movable, confirmándolo también así la palidez con que se vuelve á ocultar dentro de la arena apenas se ha apoderado de su presa.

Este pez pertenece al número de animales marinos que hieren al hombre con fatal veneno, según aseguran los pescadores, y con razón, porque es un hecho que la punzada de estos peces causa grandísimo dolor y una inflamación violenta, no sólo en el sitio de la herida, sino en todo el miembro, que después de hincharse tarda mucho tiempo en rebajarse, lo mismo que el dolor. Couch dice: «Yo he conocido tres hombres á quien un mismo pez infirió una punzada en la mano, y sintieron á los pocos minutos dolor en todo el brazo, pero curaron pronto con fricciones de aceite.» Otros pescadores frotan la herida con arena mojada. Ninguno de ellos duda que estos peces son venenosos, por cuya razón los temen al igual de las víboras.

La carne del traquino dragón es apetecida, no sólo porque es sabrosa, sino también porque tiene fama de sana.

La ombrina es uno de los peces más apreciados del Mediterráneo, no tanto por

su magnífica coloración cuanto por su carne blanca y succulenta. Vive á mediana profundidad y prefiere fondos arenosos; nada con mucha gracia, y se alimenta de pececillos, moluscos, gusanos y según dicen de algas. Desova en junio y julio. Se le pesca todo el año, especialmente en las desembocaduras de ríos y con mayor frecuencia cuando éstos van turbios á consecuencia de una tempestad. Gessner asegura que es pez muy miedoso, «y tan tonto que cuando tiene miedo mete la cabeza entre las piedras ó plantas marinas creyendo ocultarse así del todo, como los niños que creen que nadie les ve cuando se tapan los ojos, y por esta razón le cogen los pescadores fácilmente con las manos.»

Los escienas acostumbran á viajar en sociedad, y entonces producen una especie de mugido más fuerte que el de los peces gruñidores; se ha dado el caso de que guiado el pescador por los sonidos, cogiera, con el auxilio de sus compañeros, veinte individuos de una sola vez. Los observadores aseguran que el rumor producido así por los escienas es lo bastante considerable para que se pueda percibir aunque se emita á la profundidad de veinte brazas de agua. El pescador aplica el oído al borde de su lancha para guiarse por aquel rumor ó *canto*, según le llaman aquellas gentes; pero no todos lo califican lo mismo, pues unos dicen que consiste en un zumbido sordo, mientras los otros sostienen que es más bien un silbido agudo. Algunos pescadores pretenden que únicamente los machos lo producen en la época del desove, y que se les puede atraer silbando, sin hacer uso del anzuelo. En Dieppe se cogió cierto día un individuo en unas redes tendidas cerca de la orilla; encontraronle durmiendo, como sucede con frecuencia con los peces cogidos de esta manera; pero al despertarse se agitó tan violentamente, que hizo caer en el agua al pescador que se acercó, y fué preciso que vinieran otros compañeros en su ayuda para hacerse dueño del animal.

Duhamel confirma el hecho al decir que el esciena está dotado de una fuerza extraordinaria, y que cuando se le echa vivo en una barca podría derribar de un solo golpe al marinero que alcance; por esto se tiene la costumbre de darle muerte tan pronto como se le coge. El mismo autor refiere que en Royán se considera la aparición del esciena como el anuncio de la llegada de la sardina, y la misma creencia hay en Dieppe respecto á los arenques. De aquí se deduce que el esciena, tan voraz como otras grandes especies, sigue los bancos de los peces viajeros, entre los cuales encuentra un abundante y excelente alimento.

Casi todas las especies de escombéridos viven en sociedad, algunas en bandadas innumerables, muchas en grandes profundidades y otras en las capas superiores.

Todos nadan bien, y todos sin excepción son rapaces, si bien su voracidad y rapacidad no están siempre en proporción de su talla, pues justamente las especies mayores de la familia suelen contentarse con las presas más pequeñas; en cambio hay algunas que son para los peces de que se alimentan como los lobos para las ovejas.

Las caballas (*Scomber scombrus*) tienen un área de dispersión muy extensa, pues viven en el mar del Norte, en el Atlántico y en el Mediterráneo, siendo abundantes en las costas españolas. En los países septentrionales su carne es muy apreciada, y la aparición periódica de las caballas en aquellas costas es un verdadero acontecimiento; pero en España sólo la consumen las clases menos acomodadas, por más que en rigor es bastante sabrosa. El desove se efectúa en las regiones más meridionales en junio. El número de huevos que lleva una hembra es aproximadamente de medio millón. A fines de agosto se ven ya caballas pequeñas de 0<sup>m</sup>,10 á 0<sup>m</sup>,15;



en noviembre son medio adultas y entonces ya se retiran, excepto muy pocas, á las aguas profundas. Parece que su alimento consiste principalmente en las crías de otros peces, atendido que persiguen á las especies más pequeñas de la familia de los arenques, por manera que á algunas de éstas se les ha dado el nombre de *guías de las caballas*. La caballa es en extremo voraz, por cuya razón se desarrolla rápidamente.

La patria verdadera del atún (*Thynnus vulgaris*) es el Mediterráneo, pues parece que no abunda tanto en el Atlántico, donde le reemplazan especies afines. Los pescadores opinan que inmigra cada año en gran número en el Mediterráneo, viniendo del Océano por el estrecho de Gibraltar, porque sólo así pueden explicarse, como lo hacían también los antiguos, la aparición súbita de los atunes en las costas del Mediterráneo; pero en la actualidad prevalece la creencia de que éstos, como tantos otros peces, permanecen largas temporadas en las profundidades ó en medio del mar y que sólo se acercan á las costas en la época del desove. Verdad es que cuando aparece el atún sigue cierta ruta fija, determinada según toda probabilidad por los valles ó depresiones submarinas, porque no puede ya admitirse que viaje en el sentido que creían los antiguos, lo que no excluye la posibilidad de que muchos atunes del Atlántico pasen al Mediterráneo y de éste al mar Negro; pero siempre queda subsistente el hecho de que se encuentren atunes todo el año en el Mediterráneo con mayor frecuencia que en otros mares, como en las costas meridionales del Atlántico. Cuando se presenta en regiones más septentrionales es por casualidad, como sucede en las costas de Inglaterra.

La importancia que el atún tiene y la consiguiente atención que dedican todas las poblaciones del Mediterráneo á su aparición y pesca, han sido causa de que se haya observado la primera con particular esmero, lo mismo que la ruta que sigue; pero á pesar de esto es muy poco lo que sabemos sobre su género de vida.

Se sabe que viajan en bandadas más ó menos numerosas, que á veces constan de miles de individuos; que sus movimientos son bastante diestros; que persiguen principalmente las sardinas, anchoas y otros peces pequeños, y alguna vez caballas y peces voladores, y acaso coman también conchas; se sabe además con bastante exactitud cómo se reproducen; que son á su vez perseguidos, tanto los grandes como los pequeños, por los tiburones y delfines, y que viven en buena armonía con el pez-espada, por cuya razón se los ve á menudo juntos; pero á esto se reducen todas nuestras noticias.

Está fuera de duda que el atún sólo aparece en la costa para la operación del desove, y si bien al principio se encuentran poco desarrolladas las huevas, se ha observado que su crecimiento definitivo es muy rápido. En los atunes cogidos en abril pesan las huevas unas quince onzas, pero en los que caen en las redes en mayo excede ya su peso de seis kilogramos. El número de huevos es á veces muy considerable.

A mediados de junio se ven machos y hembras en continuo movimiento, ya dentro del agua, ya saltando fuera, porque entonces se mantienen junto á la superficie y se desprenden de su freza, que, según parece, deposita la hembra en las algas, pasando luego el macho á fecundarla. Los pequeñuelos nacen en junio, y pocos días después pesan onza y media; en agosto pesan cuatro y en octubre treinta. Se ignora la marcha de su crecimiento posterior, pero puede suponerse que ha de ser muy rápido. También se ignora el tiempo que necesita para adquirir todo su desarrollo, pero deben ser muy pronto aptos para la reproducción, porque entre los viejos se cogen siempre otros más jóvenes y más pequeños que no se hallarían ni

viajarían en compañía de aquéllos si no estuviesen impulsados por el mismo instinto de reproducción.

La pesca del atún data de la más remota antigüedad; donde se practicaba en mayor escala era en los dos extremos del Mediterráneo, en los sitios en que los atunes, como todos los peces viajeros, se ven obligados á refugiarse.

En el Oriente, el mar Negro les ofrecía alimento abundante, á causa de los muchos ríos que allí desaguan, adonde acudían en numerosas muchedumbres á la entrada de la primavera, sin duda para desovar. Esta pesca era aún más antigua en el Occidente. Los fenicios la habían establecido mucho tiempo antes en las costas de España, dándola gran impulso allende y aquende las columnas de Hércules; por eso aparece el atún grabado en las monedas fenicias de Cádiz y Cartagena. Este género de industria se propagó desde luego por dichas costas. Las salazones de España, así como las de Cerdeña, pasaban en tiempo de los romanos por más delicadas y de gusto más agradable que las de Bizancio, y se pagaban á mayor precio. Atribuíanse su sabrosa calidad á las bellotas que caían de una pequeña encina muy común en dichas costas, y hasta se había llegado á creer que en el fondo mismo del mar crecían las encinas que criaban estas bellotas, y que tal vez en realidad no serían más que ovas. A medida que los atunes se alejaban hacia las columnas de Hércules, iban enflaqueciendo, sin duda porque allí no encontraban esta clase de alimento. Se hacían también pescas muy abundantes en el centro del Mediterráneo, donde más próximas están las costas de Italia y Africa.

En los tiempos modernos, la pesca del atún, sin haber disminuído de producto, se halla casi concentrada en el interior del Mediterráneo, aunque también se practica algo en las aguas del Atlántico que bañan las playas españolas y francesas. Las pesquerías de las costas de España, fuera del estrecho, subsistieron largo tiempo; las de Conil, cerca de Cádiz, y del castillo de Sara, inmediato al cabo Espartel, eran sobre todo célebres y daban grandes productos á los duques de Medinasidonia, sus propietarios privilegiados, empleándose allí más de quinientos hombres; hoy, sin embargo, han venidó muy á menos, principalmente porque el temblor de tierra que destruyó á Lisboa en 1755 ha cambiado la naturaleza de las costas, obligando á los atunes á encaminarse con preferencia á las de Africa.

En donde hoy tiene más actividad esta pesca y da resultados positivos es en Cataluña, Provenza, Liguria, Cerdeña y Sicilia. En las costas andaluzas hay establecidas algunas pesquerías ó *almadrabas*, y en las de la provincia de Alicante, las de Calpe, Benidorm, Río de Torres, á levante de Villajoyosa, el Paradís, á poniente de la misma población, y la de la isla de Tabarca, hacia la parte del cabo de Santa Pola.

La pesca se efectúa de dos maneras, con red y con almadraba. Para la primera, cuando el centinela apostado en una elevación ha hecho la señal de que ve aproximarse una bandada de atunes, y por qué lado llega, numerosas lanchas al mando de un jefe se sitúan formando semicírculo y, reuniendo sus redes, constituyen un cercado que asusta á los atunes y los va acorralando, agregando nuevas redes dentro de las primeras, colocadas de manera que conduzcan siempre los peces hacia la playa. Cuando ya no hay más que unas cuantas brazas de agua, se tiende una grande y última red, que tiene una manga, es decir, un saco cónico prolongado, y que se tira hacia tierra llevando en ella envueltos á los atunes; después se cogen los pequeños con la mano y se matan los mayores con garfios. Esta pesca, practicada en las costas del Languedoc, da en algunas ocasiones dos ó tres mil quintales de atún de una vez.



La almadraba es un artificio mucho más complicado: es un verdadero parque, con calles que van á parar á un intrincado laberinto compuesto de compartimientos que dan unos á otros. De todos ellos se pasa á otro especial llamado *cámara de la muerte*, situado en el extremo de esta construcción. Las paredes ó vallas de este parque tienen á veces algunas leguas de circuito; así es que para transportar una almadraba se necesita á menudo un buque de bastante cabida ó uno de vapor.

Con piedras sujetas á la parte inferior de las redes que constituyen dichas vallas y con boyas fijas en su borde superior, se las sumerge en el mar y se las mantiene verticales. Se amarra sólidamente el edificio con anclas, de modo que pueda aguantar los más fuertes embates de las olas durante toda la buena estación. Esta red gigantesca es más pérfida y mortífera que la tela de araña mejor urdida. Por lo común se la tiende á la entrada de alguna bahía.

El atún llega sin desconfianza, solazándose á flor de agua; sigue adelante, sin separarse de la pared que costea, ya porque espera ver pronto el fin, ya porque le guste tropezar con su hocico en esa superficie resistente, donde probablemente encuentra pececillos que le sirven de alimento, ó ya también por ser propio de los peces en general, como de todos los animales, avanzar á todo trance mientras pueden, sin pensar en si tienen libre la retirada.

El atún sigue siempre las calles del aparato destructor: á veces los pescadores le persiguen y le empujan de cámara en cámara. El pez pasa de unas á otras por puertas que se cierran tras él, y de este modo llega á la cámara de la muerte, la cual forma una prisión espaciosa, en donde los cautivos pueden vivir muchos días y hasta muchas semanas; allí queda cogido el atún sin salvación posible, á menos que salte por encima de los bordes, cosa que podría hacer fácilmente, pero que jamás se le ocurre.

La almadraba tiene un pavimento movable, formado por una pequeña red horizontal atada á unas cuerdas puestas de modo que, en un momento dado, se puede subir el pavimento hasta acercarlo por igual á la superficie del mar.

Cuando se ha conseguido reunir en la cámara de la muerte cierto número de pescados se levanta poco á poco dicha red, para lo cual se trabaja generalmente toda la noche: de este modo se va haciendo menos profundo el recinto en el que están acumulados los pobres animales. En breve se ve á los atunes agitarse, nadar, saltar en todas direcciones, precipitarse contra las paredes de la red, apartarse de ellas y volver para retirarse otra vez. En medio de la cámara de la muerte flota una lancha en la que va el marinero que dirige la pesca.

A medida que el pavimento sube y van asomando los atunes, la lancha corre hacia ellos, los espanta, los persigue y los obliga á lanzarse hacia los bordes del parque. Alrededor de éstos hay cierto número de embarcaciones tripuladas por pescadores prácticos que arponean á los peces ó los matan cuando se acercan demasiado, errando rara vez el golpe.

La matanza se generaliza en breve.

Los atunes sacados del agua se retuercen con fuerza, descargan vigorosos coletazos y dan vagidos como criaturas. Los heridos huyen del enemigo y se zambullen á toda prisa, pero tropiezan con el inevitable pavimento que los detiene. Van y vienen azorados y desorientados, enrojando el mar con su sangre hasta que tropiezan con otra red y con otra embarcación desde la cual se les arroja un nuevo arpón más certero ó más feliz que el primero, y entonces los pobres animales, sólidamente aferrados é izados á bordo con presteza, van á aumentar el montón de muertos y moribundos que los pescadores encarnizados forman en la lancha.

Cuando los atunes son muchos y fácil el acercarse á ellos, los pescadores les meten la mano en la boca y les pasan una cuerda por la agalla, alargando esta cuerda á un compañero, que ata la víctima á la barca. Con frecuencia se necesitan tres hombres para levantar un atún cogido y enfilado de este modo. Cuando por casualidad uno de ellos forcejea demasiado en manos de sus verdugos, un pescador le arranca brutalmente con el dedo algo del fondo de la boca y al punto brota la sangre á chorros, y casi al mismo tiempo la víctima, extenuada, se deja izar sin moverse.

Las bandadas de atunes van ordinariamente precedidas de otras de sardinas, y acontece muchas veces que los delfines persiguen á los primeros y les obligan á

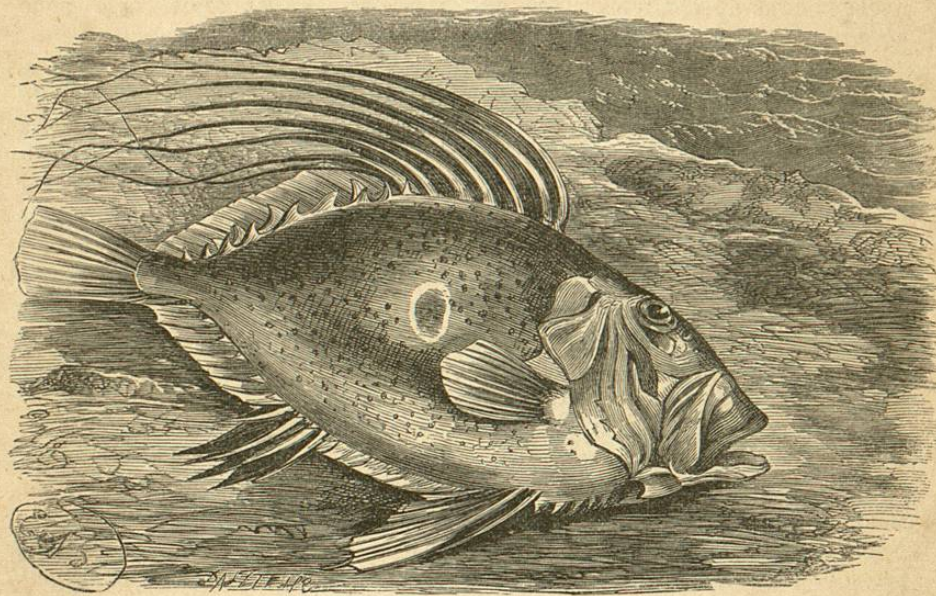


Fig. 950. - Ceo común.

entrar en las almadrabas. Los pescadores se figuran que los delfines obran así por amistad hacia el hombre y dicen que el delfín atrae á los atunes á las redes, penetrando él delante para engañarlos mejor; así es que cuando los pescadores divisan alguno en las redes, se apresuran á hacerlo salir, para recompensar así el servicio que creen que les presta. Esta es una de tantas preocupaciones que no dejan de hallar eco entre las gentes ignorantes y sencillas.

Por lo que respecta al bonito (*Pelamys sarda*), asegúrase que sigue pertinazmente á los buques, que al parecer son sus guías al través del Océano, en compañía de los atunes, pero no mezclándose con ellos, sino formando bandada bien ordenada aparte, y haciéndose luego muy visible, porque es uno de los perseguidores más encarnizados de los peces voladores. Fuera de éstos se alimenta también de congéneres suyos, de jibias, mariscos y aun de vegetales, pero su caza principal son siempre los voladores. «Los atunes, dice Kittlitz, sean atunes comunes ó bonitos, se precipitan sobre los peces voladores con una velocidad prodigiosa, y remedan el vuelo de aquéllos con saltos muy elevados y tan diestros que no pocas veces cogen sus víctimas en el aire. Esta caza ofrece un espectáculo interesante. Los continuos